

La Parábola de las Diez Vírgenes

Por Uriah Smith

TEXTO: «Y mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta.» (Mateo 25:10)

I. La Línea Decisiva

Si hay un punto en la experiencia del cristiano de importancia suprema, un momento que debería contemplar con el más profundo interés, es esa línea oculta que marca el límite de su tiempo de prueba, ese momento que decide su destino eterno.

*«Hay un tiempo —no sabemos cuándo—; Un punto —no sabemos dónde—;
Que marca el destino de los hombres, Para la gloria o la desesperación.»*

Tal momento se presenta a la vista en el texto. Una cierta clase allí representada como preparada, entra con el esposo en un momento determinado, a lo que se llama la boda; y luego la puerta se cierra; y después, cuando otra clase viene y busca admisión, no la encuentra.

¿Es posible para nosotros comprender nuestra relación con este momento decisivo, y saber cuándo nos estamos acercando a él?

II. El Movimiento Adventista y Esta Parábola

En el gran movimiento Adventista de 1833-44, se recurrió instintivamente a esta parábola como una que tenía una conexión vital con el movimiento e ilustraba sus características principales. Se le dio la prominencia e importancia a la que sus verdades evidentemente solemnes la hacían acreedora. Los Adventistas de aquel día comprendieron bien el alcance general de la parábola; y aunque entonces no tenían luz suficiente para discernir el significado real de una de sus características esenciales, tenían una aplicación para toda ella, y la usaron con un efecto maravilloso. Ahora escuchamos menos sobre ella. Se necesitaba más luz para una

comprensión completa de la misma, y para aquellos que han rechazado esa luz, el tema se ha vuelto cada vez más oscuro. La decepción por el transcurso del tiempo los sumió en confusión; su mala aplicación de la parábola los sumió en una confusión aún peor. Perdieron el rumbo; y al situar en el futuro lo que pertenecía al pasado, buscaron el cumplimiento de eventos que esperarán en vano por siempre; porque ya están cumplidos.

III. La Clave: El Tema del Santuario

Hay una sola clave para la solución de esta parábola, un solo tema que la explica, y ese es el tema del santuario. Sin una visión correcta de la cuestión del santuario, no es más posible explicar la parábola de las diez vírgenes de lo que sería posible explicar los movimientos de los cuerpos celestes sin un conocimiento de la teoría copernicana del sistema solar.

IV. La Importancia y el Marco de la Parábola

Creemos que la intuición de los creyentes en 1844, en cuanto a la importancia de esta parábola, fue correcta. La ocasión, el tema, el orador, todo lo demuestra. Sigue a ese discurso en Mateo 24, que es justamente llamado, «La gran profecía de nuestro Señor». Está diseñada para ilustrar la experiencia de la iglesia en conexión con la doctrina de la segunda venida de Cristo; porque a este punto, como su objeto último, se dedica la totalidad de Mateo 24. Somos llevados paso a paso a través de toda la dispensación desde el primer hasta el segundo advenimiento del Salvador. El capítulo cierra con la iglesia de pie en la última generación que habrá de vivir en la tierra, y con una advertencia contra el peligro y la condena del siervo malo que dice en su corazón: «Mi Señor tarda en venir». «Entonces», dice la oración inicial de la parábola, «el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo». La expresión «reino de los cielos» se usa aquí, como en muchas otras instancias en el Nuevo Testamento, para denotar la obra del evangelio entre los hombres; como en la parábola de la red, la semilla de mostaza, la levadura, etc. Y por ella se nos enseña que en el

tiempo al que se hace referencia, la experiencia de la iglesia en el movimiento Adventista podría ser comparada con los eventos de una boda oriental.

V. El Matrimonio Oriental como Ilustración

Habiendo sido así definidos el tiempo y las circunstancias, veamos los movimientos conectados con una ceremonia matrimonial oriental, y también la experiencia de la iglesia en el momento en que la venida de Cristo se acerca, y notemos qué eventos de esta última se nos instruye a buscar mediante las ilustraciones de la primera.

El primer movimiento corrió a cargo del esposo, quien venía con una procesión, con antorchas, panderos y cánticos, al lugar de la boda. Mientras tanto, las vírgenes esperaban para recibirlo en el camino y unirse a la procesión hacia el lugar señalado. Si por casualidad había alguna demora por parte del esposo más allá de la hora en que se le esperaba, las vírgenes naturalmente tenderían a la somnolencia mientras esperaban, y dejarían que sus luces se atenuaran. Pero cuando la procesión finalmente llegaba, todas debían ir juntas a su destino común. El amo de casa que organizaba la boda, proporcionaba a cada una una vestidura adecuada para aparecer en la ceremonia, llamada el «vestido de boda». Y con estas vestiduras, los invitados, habiendo llegado al lugar señalado, debían ataviarse. Dado un tiempo adecuado para este propósito, el amo entraba para examinarlos y ver si todos habían cumplido con las regulaciones y estaban debidamente ataviados con el vestido de boda; luego tenía lugar la boda, y las prolongadas festividades del banquete de bodas seguían a su debido tiempo.

Tales eran las características esenciales de una boda oriental; y a través de estas, Cristo nos instruiría con respecto a ciertas posiciones que él ha de ocupar, y ciertas experiencias por las que la iglesia ha de pasar en conexión con esta segunda venida:

1. Él es el Esposo divino.
2. Hay un objeto definido llamado «la esposa».
3. Se acerca un tiempo específico en que una unión ha de consumarse entre los dos, llamada «las bodas del Cordero».

4. Hay un período de gozo y entretenimiento celestial que seguirá, llamado «la cena de las bodas del Cordero».
5. Este período sigue inmediatamente a la redención del pueblo de Dios (Apocalipsis 19:1-8), implicando claramente que la boda está, al menos, estrechamente conectada con la venida de Cristo.
6. Estos eventos habrían de excitar gran interés entre los hombres, y causar un movimiento que sería apropiadamente ilustrado por la salida de las vírgenes a encontrarse con el esposo en una boda oriental.

VI. Los Actores de la Parábola

Teniendo ahora ante nosotros los eventos y los actores involucrados en ellos, queda por ubicarlos y rastrear, en la medida de lo posible, el cumplimiento de la parábola.

Como Cristo es el esposo, y el evento principal de la parábola es la venida del esposo, se sigue que las vírgenes representan a la iglesia; pues la iglesia es la que debe interesarse y hacer los preparativos para ese evento. Cuando el Sr. Miller y sus colaboradores, al comienzo de la generación actual, predicaron que el Salvador pronto aparecería, la iglesia se levantó, tomó sus lámparas —la palabra de Dios— y salió a recibirlo. Este «salir a recibirlo» por supuesto implica solo la atención que se daría al tema de la venida del Señor, y la obra de preparación necesaria para ese evento. Las diez vírgenes introducidas en la parábola representan el número total de los que se interesan en la doctrina de la segunda venida de Cristo. El hecho de que se dijera que solo cinco de estas vírgenes eran insensatas, muestra que no se pretendía expresar una proporción definida entre las sabias y las insensatas; ya que esta es la única división que no parecería denotar definitud. Las vírgenes insensatas, es decir, esa parte de los profesos creyentes en el movimiento Adventista representados por ellas, no llevaron aceite en sus vasijas con sus lámparas; solo tenían el aceite con el que sus lámparas fueron llenadas por primera vez, pero nada para reponerlas cuando el primer suministro se agotó. En otras palabras, solo tuvieron los primeros impulsos para llevarlas adelante en la obra. Los motivos por los que fueron impulsadas a ello no eran verdaderos y

genuinos, y no tuvieron la gracia para resistir, en caso de que ocurriera una demora y se ejerciera una presión especial sobre su resistencia.

VII. La Demora y el Clamor de Medianoche

«Mientras el esposo se demoraba, todas cabecearon y se durmieron». Ni siquiera podría haber una aparente demora por parte del esposo hasta que se hubiera alcanzado y pasado un punto de tiempo definido en el que se esperaba que apareciera. Esto muestra que en este movimiento habría un tiempo definido establecido para la venida del Señor; pero el tiempo pasaría, y habría una aparente demora en su aparición. Fue precisamente así en el movimiento Adventista. El cierre del año 1843, según el tiempo judío, que terminaba con la primera luna nueva después del equinoccio vernal en 1844, según el calendario moderno, se fijó como la fecha que no pasaría antes de que el Señor viniera. Cuando ese tiempo pasó, siguió más o menos incertidumbre y confusión. Aquellos involucrados en el movimiento, al ser arrojados por este suceso inesperado a una condición de duda y perplejidad, naturalmente comenzaron a perder su fe y celo. Todas cabecearon y se durmieron.

«Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!» El uso del término «medianoche» implica claramente que el período de espera sería un tiempo de oscuridad; y en la medianoche misma de esa oscuridad, se levantaría un clamor: «¡Aquí viene el esposo!» Esto debe deberse a alguna nueva evidencia que surgiría, y algunas nuevas señales que aparecerían, para mostrar que la demora pronto terminaría, que el esposo venía de verdad, y que, en consecuencia, debía hacerse el clamor. Tres meses después del tiempo establecido en la primavera de 1844 pasaron. Con cada día que declinaba, la duda, la incertidumbre y la oscuridad de la situación aumentaban. Se llegó a la medianoche de 1844, y entonces ocurrió un movimiento que es un fenómeno entre los avivamientos religiosos. De repente se escuchó en diferentes partes de la tierra el clamor: «¡Aquí viene el esposo, salid a recibirle!», —un clamor levantado por hombres simultáneamente, aunque no sabían nada de los movimientos de los demás. El resultado fue un despertar repentino y una obra espiritual tan poderosa

como, quizás, jamás haya aparecido en la Iglesia Cristiana. Será de interés, y también necesario para la comprensión del tema, indagar sobre las causas que llevaron a este movimiento.

En este tiempo de tardanza, los líderes Adventistas no habían estado ociosos. Muchos de ellos, hombres de mentes claras y pensamiento cuidadoso, buscaban seriamente resolver el misterio de la demora. De repente, descubrieron nueva luz—algunos sobre los períodos proféticos, otros sobre los tipos de la dispensación anterior—, todo lo cual arrojó luz de inmediato sobre su posición. El gran período profético, cuya terminación se suponía que marcaba el tiempo para la venida del Señor, y que era el gran fundamento del movimiento Adventista, eran los 2300 días proféticos (literales) de Daniel 8:14: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado». Se demostró más allá de toda contradicción que esos días comenzaron en el 457 a. C. Entonces se construyó un argumento, algo libremente según aparece ahora, como sigue: «457 a. C. y 1843 d. C., juntos suman 2300; por lo tanto, los días terminarán el último día del año 1843, tiempo judío». Descubrieron que si terminaban así, debían haber comenzado el primer día del 457 a. C.; porque se necesitan 457 años completos antes de Cristo, y 1843 años completos después de Cristo, para sumar 2300 años. Estudios posteriores mostraron que no comenzaron el primer día del 457 a. C., sino en el otoño de ese año;¹ consecuentemente, su terminación no se alcanzaría hasta el otoño del año siguiente a 1843; es decir, el otoño de 1844. Y dado que el evento que debía ocurrir al final de los días era la purificación del santuario, ellos retrocedieron al tipo, y encontraron que el santuario siempre se purificaba el décimo día del séptimo mes; lo cual nuevamente apuntaba al otoño, según nuestro calendario actual. Juntando estos hechos, concluyeron que los días terminarían, no en la primavera de 1844, como habían supuesto al principio, sino en el otoño de ese año, el día 10 del séptimo mes, tiempo judío, que en ese año caía el 22 de octubre. Ese día de ese mes fue, por lo tanto, fijado como el momento en que los días terminarían y el santuario sería purificado. Suponían que el santuario era la tierra, y que su purificación sería por fuego en la revelación del Señor Jesús. Por lo tanto, se levantó el clamor: «¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!»; y toda la

iglesia, como las vírgenes despertadas por el clamor a medianoche, se puso de pie mientras la proclamación resonaba por toda la tierra.

Todas se despertaron y arreglaron sus lámparas, pero las insensatas no tenían aceite en sus vasijas. Algunas no parecían poder entrar en el movimiento con la seriedad, el celo y el gozo que experimentaban otras. Se les dijo que fueran a comprar para sí mismas; es decir, que buscaran individualmente la luz y la bendición del Señor. Y es un hecho significativo que este movimiento se dio justo a mitad de camino entre el paso del tiempo en la primavera de 1844 y el otoño de ese año, donde finalmente se comprobó que los días terminarían. El clamor así levantado siguió dándose con poder creciente, aunque no todos lo recibieron, hasta que se alcanzó el punto de tiempo que se había fijado para el final de los días. «Mientras ellas iban a comprar, vino el esposo».

VIII. ¿Vino el Esposo? ¿A Qué Vino?

¿Vino el esposo cuando terminaron los días? Ciertamente no vino a esta tierra como habían esperado. Pero, ¿la parábola muestra tal venida? ¿Es una venida de Cristo, en las nubes del cielo a esta tierra, lo que se representa en la parábola con la venida del esposo a la boda? La pregunta que ahora debe responderse es: «¿Cuál es la venida del esposo que se presenta a la vista en la parábola?» ¿Es la venida de Cristo en las nubes del cielo? ¿O señala algún otro evento? Nótese, en primer lugar, que el esposo en la parábola venía a la boda. Eso, por supuesto, ilustra la venida de Cristo a ese evento que se llama su matrimonio, o «las bodas del Cordero». Pero, ¿las bodas del Cordero tienen lugar en esta tierra? —De ningún modo. Entonces, su venida a la boda no es su venida a esta tierra. Cuando viene a su pueblo aquí, regresa de la boda. (Lucas 12:36). Entonces, su venida a la boda es algún otro evento. ¿Qué es?

IX. ¿Quién Es la Esposa? ¿Qué Son las Bodas?

Para determinar esto, deben responderse varias otras preguntas; a saber: ¿Qué es la esposa? ¿Qué es la boda? y ¿cuándo, dónde y cómo tendrá lugar la boda?

Puede ser necesaria una palabra con respecto a una mala interpretación generalizada sobre lo que constituye la esposa. Casi uniformemente, en el mundo religioso, la iglesia es llamada la esposa, porque Pablo usa la relación matrimonial para ilustrar la unión que existe entre Cristo y su iglesia. Pero si la iglesia es la esposa, entonces las bodas del Cordero han estado ocurriendo desde que las almas comenzaron a unirse a él. Pero, ¿alguien cree esto? Nadie puede creerlo, en vista del hecho de que las bodas del Cordero se presentan en las Escrituras como un evento definido que se ha de cumplir en conexión con la redención de su pueblo; porque al entrar en los gozos del estado glorificado, ellos cantan: «Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado» —no, y nosotros, como la esposa, nos hemos preparado. (Apocalipsis 19:7). Y ciertamente la iglesia no puede ser la esposa en esta parábola; porque aquí la iglesia está representada por las vírgenes. El esposo no viene a casarse con las vírgenes; sino que las vírgenes salen a su encuentro mientras él viene a la boda para tomar para sí a otra parte que es llamada la esposa.

No siendo la iglesia la esposa, ampliamos la pregunta, «¿Qué es la esposa?» un paso más. En Apocalipsis 21:9, 10, Juan declara que uno de los siete ángeles que tenían las siete plagas postreras (uno que tiene que ver con las escenas finales de la historia de este mundo) le habló así: «Ven acá, te mostraré la esposa, la mujer del Cordero». Entonces el ángel lo llevó a un monte grande y alto, y le mostró la ciudad de Dios, la Nueva Jerusalén, que descendía del cielo de Dios. Esta ciudad, entonces, es claramente llamada la esposa; porque podemos estar seguros de que el ángel no mezcló engaño con la santa visión que le estaba impartiendo a Juan.

Para contrarrestar la fuerza de este testimonio, aquellos que afirman que la iglesia es la esposa, aseguran que esta ciudad es meramente un símbolo de la iglesia. Pero hacer de esta ciudad, con su contorno cuadrado, sus piedras fundamentales y su muro, sus puertas y calles, sus cuatro vistas hacia los cuatro puntos cardinales, su río y árbol de la vida, y su trono de Dios y del Cordero, — hacer de todo esto simplemente una figura de la iglesia, es un paroxismo de mistificación demasiado grande para ser aceptado por cualquiera; y por lo tanto, descartamos de inmediato esta suposición. Además, Juan dice que cuando esta ciudad desciende de Dios del cielo, está preparada como una esposa ataviada para

su marido (Apocalipsis 21:2); y Pablo, hablando de la misma ciudad (Gálatas 4:26) dice que es «la madre de todos nosotros». Por la frase «todos nosotros», Pablo ciertamente se refiere a la iglesia. Nosotros, entonces, somos los hijos de esa ciudad, no la ciudad misma. Los hijos no deben confundirse con la madre.

Con esta ciudad, el Cordero, cuando la tome como suya, estará íntimamente conectado:

- Los doce apóstoles del Cordero tienen sus nombres sobre sus doce piedras fundamentales. (Apocalipsis 21:14).
- El pueblo del Cordero en doce divisiones tiene sus nombres sobre sus doce puertas. (Apocalipsis 21:12).
- El Cordero en conexión con Dios es el templo de ella. (Apocalipsis 21:22).
- Él es también la luz de ella. (Apocalipsis 21:23).
- El libro de la vida del Cordero es el gran registro de los nombres de todos aquellos que tienen derecho a entrar en ella. (Apocalipsis 21:27).
- Sobre todo, y por encima de todo, está el trono del Cordero, del cual procede el río de vida que alegra la ciudad de Dios. (Apocalipsis 22:1; Salmos 46:4).

Y el profeta Isaías, dirigiéndose a esta ciudad como representante del nuevo pacto, dice: «Tu Hacedor es tu marido». (Isaías 54:5). Pablo, en Gálatas 4:26, 27, aplica esta misma profecía a la Nueva Jerusalén de arriba, que es la madre de todos nosotros. Cristo es el autor del pacto. Él es el hacedor de la Ciudad. Él es el marido de esta ciudad, que, en la ilustración utilizada para exponer los eventos conectados con la realización del gran plan de salvación, es llamada la esposa.

X. El Reino de Cristo y las Bodas del Cordero

Habiendo aprendido ahora del testimonio de las Escrituras quién es el esposo, y también qué es la esposa, no es difícil decir qué es la boda —es una relación especial en la que estas partes en algún momento entran la una con la otra. ¿Habrá, entonces, de venir alguna vez un tiempo en que Cristo entre en tal relación con esta ciudad, y así la reciba para sí mismo, de modo que el evento pueda ser llamado las bodas del Cordero? —Ciertamente; porque esta ciudad ha de ser la gran metrópolis de su futuro reino. Allí está su trono; y cuando él toma su trono,

recibe la ciudad como suya, el ornamento y la gloria de la ocasión en que es coronado Rey de reyes y Señor de señores. Por lo tanto, como él toma el reino cuando toma la ciudad, su boda puede describirse como su recepción del reino. Pero él recibe su reino antes de venir en las nubes del cielo; porque se representa a sí mismo en Lucas 19:11, 12, por el noble que se fue a un país lejano para recibir un reino para sí, y para regresar; así Cristo se ha ido para recibir su reino, y luego regresar; y cuando aparece en las nubes del cielo, es después de haber sido investido con la realeza; porque entonces está sentado sobre el trono de su gloria. (Mateo 25:31). Si, por lo tanto, podemos determinar cuándo y bajo qué circunstancias Cristo recibe su reino, podemos decir qué es la boda y cuándo viene a ella.

Cristo recibe el reino de su Padre. (Salmos 2:8; 110:1; Lucas 22:29). El profeta Daniel describe la escena cuando este reino es entregado al Hijo. Daniel 7:13, 14: «Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que llegó hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran». Pero esta venida para la recepción del reino se introduce después de la escena descrita en los versículos 9 y 10. Daniel dice allí: «Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días [es decir, «tomó su posición como juez en un tribunal de justicia»]; porque así significan las palabras «se sentó» en hebreo;] . . . El tribunal se sentó, y los libros fueron abiertos». ¿Qué escena de juicio es esta? —Es una porción del trabajo de juicio que tiene lugar antes de que se reciba el reino, como se describe en el versículo 14, y consecuentemente antes de que se termine la obra de Cristo como sacerdote.

Y justo aquí la luz de la cuestión del santuario viene en nuestra ayuda para la exposición de este tema; porque eso muestra precisamente una obra de juicio como esta, como el acto final de nuestro gran Sumo Sacerdote en el tabernáculo de arriba, cuando termina su mediación por el mundo, y antes de ascender al trono como Rey. Él cierra su gran ciclo de servicio como sacerdote de la misma manera en que el ciclo de servicio en el tabernáculo típico de Moisés se cerraba cada año; y eso era mediante una breve ministración en el lugar santísimo, que era la

realización de la expiación, o la purificación del santuario. Así, Cristo, antitípicamente, entra en el lugar santísimo del santuario celestial para hacer la expiación y purificar el santuario. Y esta es una obra de juicio; porque es para quitar el pecado y decidir quién es aceptado por Dios, y quién ha de ser cortado de entre el pueblo. (Levítico 23:29). Tal obra de juicio debe ser realizada, y todos los casos deben ser decididos, antes de que Cristo aparezca en las nubes del cielo; porque cuando él aparece, no se da tiempo para la investigación del carácter, sino que en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, se llevan a cabo los resultados de alguna decisión previa, los justos vivos son trasladados y los justos muertos son resucitados del sepulcro. El tema del santuario proporciona un tiempo y un lugar para esta obra de juicio, y ningún otro tema lo hace —es la purificación del santuario, el cierre de la ministración de Cristo que transcurre en el lugar santísimo; e inmediatamente después de la conclusión de esto, él recibe el reino, que son las bodas del Cordero.

¿Cuándo, entonces, entró Cristo en esta obra en el lugar santísimo del santuario en el cielo? —Al final de los 2300 días en 1844; porque «entonces», dice la profecía (Daniel 8:14), «el santuario será purificado». ¿Cuándo va él ante el Anciano de días, según Daniel 7:13, 14, para recibir un reino? —Cuando entra ante el Padre en el lugar santísimo; porque no deja la presencia del Padre allí hasta que es investido con la realeza de su propio trono. ¿Cuándo, entonces, fue Cristo a la boda en la representación de la parábola (Mateo 25:10)? —Fue a la boda en este mismo momento, es decir, cuando entró al lugar santísimo para purificar el santuario, y luego recibir su reino.

«Mientras ellas iban a comprar, vino el esposo». Los Adventistas de 1844 fijaron el fin de los días el 22 de octubre de ese año; y el argumento sigue siendo válido de que allí terminaron: allí pensaron que vendría el esposo; y allí vino —no a esta tierra, como ellos incorrectamente supusieron; sino a la boda, es decir, al lugar donde ha de ser coronado rey, recibir la esposa, la Nueva Jerusalén, como la metrópolis de su reino, a través de la cual, según la representación alegórica del nuevo pacto (Isaías 54:1-7; Gálatas 4:26-28), los hijos —la iglesia— han de ser llevados a la nueva vida del reino celestial.

Simplemente se equivocaron en el tipo de venida a la que se refería la expresión: «mientras ellas iban a comprar, vino el esposo». Todo lo que la profecía de Daniel 8:14, o la parábola de las diez vírgenes, les garantizaba esperar, ocurrió allí y entonces. El esposo vino —no a esta tierra, sino a la boda, a la que, en la parábola, él venía cuando se levantó el clamor de medianoche. El «tiempo de tardanza» de la parábola terminó cuando él vino así a la boda en el otoño de 1844; y el «clamor de medianoche» de la parábola se dio desde mediados del verano de 1844 hasta ese tiempo. Algunos esperan que este clamor se dé en el futuro; pero sus expectativas son vanas; porque nunca se repetirá.

XI. La Posición de la Iglesia Desde 1844

¿Cuál ha sido, entonces, la posición de la iglesia desde ese tiempo? y ¿cuál es nuestra relación actual con la parábola? Una pregunta puede surgir en algunas mentes de esta manera: «¿Dices que el esposo vino en 1844? —Sí; a la boda. Pero la parábola dice que las que estaban preparadas entraron con él a la boda; y la puerta se cerró. ¿Así que la puerta se cerró en 1844, y no hay admisión, ni misericordia, para nadie desde ese tiempo?». No tan rápido. Aquí está el punto de inflexión en la parábola, y donde algunos saltan a una conclusión errónea, como lo hicieron en 1844. Incluso aquellos a quienes la luz sobre el tema del santuario había comenzado a amanecer en 1845, estaban rápidamente llegando a la conclusión de que, como no había ministración en el primer compartimiento del santuario mientras la obra avanzaba en el segundo, y la puerta del primer compartimiento estaba cerrada, significaba que durante este tiempo, no se ofrecía misericordia al mundo. Una investigación adicional de la cuestión, sin embargo, ayudada por el espíritu de profecía que entonces comenzaba a manifestarse, pronto los corrigió en esto; porque vieron que la obra en el lugar santísimo era una obra de perdón y gracia para todos los que buscaran su beneficio, así como la obra en el lugar santo. Antiguamente, la ofrenda en el lugar santísimo en el día de la expiación era para todo el pueblo; y así también en el antitipo. Si la puerta del primer compartimiento estaba cerrada, la puerta del segundo compartimiento

estaba abierta. Y la llamada puerta de la misericordia no puede cerrarse mientras continúa la ministración en el lugar santísimo.²

Nótese también la cláusula modificadora muy importante: las que estaban preparadas entraron con él a la boda. Pero, ¿quién estaba preparado entonces? ¿Quién está preparado todavía? Aquí está la pregunta de prueba en la aplicación.

XII. ¿Cuándo y Cómo Se Determina Quiénes Están Preparados?

Nadie puede ser declarado «preparado» hasta que su caso haya sido examinado para ver si lo está o no. Después de que el esposo ha venido a la boda, el Rey debe entrar para ver a los invitados, para ver si todos llevan puesto el vestido de boda o no. (Mateo 22:11-13). ¿Qué es este período de examen? —Es el período del juicio investigador en el santuario de arriba, ya referido. ¿Entrará alguno de los invitados a la boda antes de que se decida que el último invitado está preparado? —De ningún modo. ¿Y cuándo será eso? —Cuando la ministración en el lugar santísimo del santuario esté terminada, y cada caso haya sido decidido. ¿Cuándo tiene lugar la boda, o, en otras palabras, cuándo recibe Cristo su reino? —Cuando haya terminado su obra como sacerdote en el santuario celestial. Es decir, después de que pasamos el final de los días, y Cristo va a la boda, y comienza la obra de purificación del santuario, o el examen y decisión de todos los casos, entonces todos los eventos posteriores, todas las declaraciones y profecías restantes, pasan de inmediato a la conclusión de esa obra, cuando se haya realizado el último acto de ministración en el santuario. Una vez que esta obra ha comenzado, absorbe por el momento todo el curso de la parábola; y cuando eso se haya hecho, entonces aquellos de los invitados que se encuentren con el vestido de boda puesto, serán declarados «preparados»; y entonces, pero no antes, entrarán con él a la boda. Entonces la puerta³ se cierra, y la boda se completa; es decir, Cristo recibe el reino.

Así se ve que los eventos mencionados en el texto no se cumplen todos a la vez; sino que después de que tiene lugar el primer evento al que se hace referencia (a saber, «mientras ellas iban a comprar, vino el esposo»), todo el período del ministerio en el lugar santísimo del santuario celestial se interpone

necesariamente antes de que lleguemos al siguiente evento; que es: «Y las que estaban preparadas entraron con él a la boda; y se cerró la puerta». Aquí es donde generalmente se comete el error en la aplicación de la parábola; y por lo que se ha expuesto, se puede ver fácilmente por qué solo aquellos que tienen puntos de vista correctos sobre el tema del santuario pueden dar una explicación consistente de la parábola de las diez vírgenes.

XIII. Resumen: ¿Dónde Estamos en el Cumplimiento?

¿Dónde estamos, entonces, en el cumplimiento? Recapitulemos:

- El gran movimiento Adventista de **1840-44** fue el cumplimiento de esa parte de la parábola que representa a las vírgenes saliendo a recibir al esposo.
- En la **primavera de 1844**, el tiempo fijado por primera vez pasó, y el esposo se demoró y las vírgenes cabecearon.
- A **mediados del verano de 1844**, se hizo el clamor de medianoche.
- En el **otoño de 1844**, los días terminaron, y el esposo vino a la boda.
- Entonces comenzó esa obra que debe tener lugar antes de que la boda misma pueda ocurrir; a saber, la purificación del santuario, o, lo que es lo mismo, el examen de los invitados.
- La puerta no puede cerrarse hasta que esta obra esté hecha, y aquellos que se encuentren preparados entrarán entonces a la boda.
- La puerta todavía está abierta; y otros invitados pueden venir hasta que esta obra en el lugar santísimo del santuario esté terminada.

Ahora estamos en este período de examen de los invitados, que determinará quién está preparado para entrar con él a la boda, y quién, al no ser encontrado con el vestido de boda puesto, será atado de pies y manos y echado a las tinieblas de afuera. El tiempo para la boda está cerca. Aquellos que estén preparados entrarán entonces; y la puerta se cerrará.

XIV. El Entrar con Él a la Boda: Un Evento Futuro

Dado que el entrar con él a la boda es un evento futuro, se convierte en un asunto de especial interés indagar qué será. Sobre este punto tenemos los siguientes hechos que nos guían:

1. La boda tiene lugar en el cielo, no en esta tierra; porque es en el cielo donde Cristo recibe su reino antes de su segunda venida.
2. Tiene lugar antes de que cualquiera de los santos sea trasladado al cielo; de ahí que entren con él a la boda, no literalmente, sino en un sentido acomodado.
3. Nadie puede entrar con él a la boda hasta que la boda tenga lugar; y eso no ocurre hasta que Cristo haya terminado su obra como sacerdote en el santuario. Por lo tanto, el entrar con él no pudo haber tenido lugar en 1844.
4. Ninguna persona puede entrar a la boda hasta que sea declarada «preparada»; y esa decisión no puede ser dictada hasta que todos los casos sean decididos en el santuario de arriba, y termine el tiempo de prueba. El momento en que los que están preparados entran a la boda es, por lo tanto, en ese momento de importancia suprema cuando su tiempo de prueba termina, y cuando todo tiempo de prueba termina; porque después de eso la puerta se cierra.

XV. La Condición de la Iglesia en Ese Tiempo Final

Veamos entonces algunas escrituras que señalan la experiencia y condición de la iglesia en este tiempo, y notemos lo que indican.

El apóstol Pedro, en Hechos 3:19, habla del tiempo en que los pecados serán borrados (lo cual sabemos que es al concluir la obra del santuario), y dice que entonces «tiempos de refrigerio vendrán de la presencia del Señor». El Señor entonces se acerca particularmente a su pueblo, justo cuando sus pecados son borrados, y ellos cruzan la línea de su tiempo de prueba. Entonces ha llegado el tiempo para que entren con él a la boda.

De nuevo, el mismo apóstol, en su segunda epístola (2 Pedro 1:19) habla así: «Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día amanezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones». Según este

testimonio, se acerca un tiempo (creemos que mirando a este mismo tiempo, cuando los justos vivos pasen con éxito el juicio investigador) cuando el lucero de la mañana se levantará en los corazones del pueblo de Dios, el día amanecerá para ellos, y recibirán tal unción de lo alto, y tal iluminación del Espíritu Santo, que ya no necesitarán la palabra de profecía, la luz de las Santas Escrituras, para guiar sus pasos. Ellos mismos serán una encarnación del espíritu de profecía, y serán iluminados con una luz mayor de la que los profetas jamás han podido impartirles. Con respecto a lo que se entiende por el lucero de la mañana que ha de levantarse en sus corazones, leemos en una de las promesas al vencedor (Apocalipsis 2:28): «Y le daré la estrella de la mañana». Esta debe ser la misma que el «lucero de la mañana» de la epístola de Pedro. Antes de que terminara el Apocalipsis, Jesús, hablando de sí mismo, le dijo a Juan: «Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana». (Apocalipsis 22:16). Al vencedor, entonces, Cristo promete darse a sí mismo. ¿Cómo hace esto? Respuesta —A la última iglesia, la Laodicense, él dice: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo». (Apocalipsis 3:20). Esto denota un estado de unión con Cristo que ninguna iglesia ha disfrutado jamás.

Consideremos la importancia de todas estas escrituras y la condición de la iglesia en este tiempo. Los santos han pasado el tiempo de prueba; sus pecados han sido borrados; son aceptados; un refrigerio de la presencia del Señor está sobre ellos; el día ha amanecido para ellos; ya no necesitan la luz de las Escrituras para guiarlos; el lucero del alba, la estrella resplandeciente de la mañana, ha surgido en sus corazones; y su unión con Cristo es tan completa que se les representa cenando con él y él con ellos, como amigo conversa con amigo en la mesa festiva; están arrebatados por la presencia del Señor; conocen su posición y entienden cada uno de sus movimientos; están llenos del Espíritu Santo, como Esteban lo estuvo; y así como aquel protomártir miró al cielo y vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la diestra de Dios (Hechos 7:55), así esta iglesia remanente, a través de la iluminación divina que entonces está sobre ellos, contempla a Jesús su Rey cuando recibe del Padre honor, majestad y poder, gloria y dominio, cuando, en medio de toda la pompa y el esplendor del mundo celestial, es coronado Señor de señores y Rey de reyes. Y cuando, así arrebatados, contemplan esta escena en el

mundo celestial, ¿qué es esto sino su entrada con él a la boda? Debe ser esto. El tiempo, el lugar, las circunstancias, las escrituras citadas y la condición de la iglesia en ese momento, todo nos lleva a esta conclusión.

Tal es el maravilloso período de bendición, exaltación y gloria ante los fieles. ¿Quién lo compartirá? —Aquellos que están «preparados». Todo depende de esto. ¿Estamos preparados? Esta es la pregunta que siempre debemos dirigir a nuestros propios corazones, mientras buscamos con esfuerzo incesante prestar atención segura al consejo del Testigo fiel y verdadero, quien ahora nos encarga (Apocalipsis 3:18) que compremos de él vestiduras blancas —el vestido de boda— para que estemos preparados para ese tiempo que está a la mano, cuando el Rey venga a ver si tenemos puesto ese vestido o no, y el juicio investigador del santuario probará nuestra aptitud para la recompensa del vencedor.

XVI. Las Vírgenes Insensatas

«Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos!» (Mateo 25:11). ¿Quiénes son las vírgenes insensatas? Si las vírgenes en su conjunto representan a todos aquellos que se interesan en el gran movimiento Adventista y son llamados por él, las sabias son aquellas que siguen la verdadera luz al respecto, y las insensatas, aquellas que caminan en tinieblas y adoptan posiciones no bíblicas en relación con ese evento. ¡Ay! hay muchos así en la tierra. Pero antes de que hablemos particularmente de estos, debe hacerse mención de otra clase más, y esa es la de aquellos representados por el hombre que, aunque había venido a la boda, fue hallado sin vestido de boda. (Mateo 22:11). Este hombre representa a aquellos que reciben la verdad, tienen la verdadera luz, entienden el tema del santuario y la boda, y toda la verdad de este tiempo importante, y sin embargo, sostienen esa verdad solo teóricamente, y no son santificados por ella, ni preparados por ella para el juicio. Tales serán finalmente rechazados, y tendrán un destino más triste que si nunca hubieran tenido un lugar entre las vírgenes sabias. Finalmente se encuentran entre las vírgenes insensatas, y las más insensatas de toda esa compañía.

Después de que termina el tiempo de prueba, las vírgenes insensatas, aparentemente dándose cuenta de que su condición no es correcta, comienzan a buscar seriamente al Señor en busca de ayuda. Este movimiento de su parte está representado en la parábola por su venida y diciendo: «¡Señor, Señor, ábrenos!» Aparentemente esperan encontrar admisión; pero se les niega. El tiempo de prueba ha pasado, pero no lo saben; la puerta está cerrada, pero no son conscientes de ello. Han rechazado la luz y la verdad más claras, hasta que el día de gracia ha terminado. Estos son algunos de aquellos, al menos, que se mencionan en Mateo 7:21, 23: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?» «Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad».

¡Ah! ese es el problema. Mientras profesaban servir a Dios, han cometido «maldad»; palabra que significa «anarquía» o «sin ley». —«Apartaos de mí, hacedores de maldad». Han sido enemigos de la santa ley de Dios; han despreciado su sábado; han rehusado reverenciar su santuario; han rechazado las verdades especiales de Dios enviadas para perfeccionar su iglesia en estos últimos días; han sido voluntariamente ciegos a la luz y siervos voluntarios del pecado; su interpretación de la profecía ha sido las imaginaciones imprudentes de sus propios corazones, su luz, las chispas de su propio encendido, y el Señor no los conoce. Una de las condiciones más tristes en todo el ámbito de la experiencia religiosa es este estado de autoengaño en el que muchos caerán, y la terrible decepción a la que están condenados al final.

XVII. Conclusión: ¿Estamos Preparados?

Tal es la luz que esta parábola de las diez vírgenes arroja sobre nuestra posición actual, tal la importante lección que creemos que el Señor diseñó a través de ella para grabarnos. ¿Caminaremos en la luz y nos beneficiaremos de la lección? ¡Oh, estar «preparado»! De esta condición todo depende; y no sabemos cuándo pasará la prueba sobre nosotros.

«¡Oh! ¿dónde está este misterioso límite

*Por el cual cada sendero es cruzado; Más allá del cual Dios mismo ha jurado
Que quien va se pierde?»*

El hombre en la parábola de Mateo 22, que fue hallado al ser examinado sin el vestido de boda, cuando se le preguntó por qué estaba en esa condición, no tuvo nada que decir; estaba «sin habla». Y si cuando se toma la decisión de nuestros casos, somos hallados sin preparación, ¿cuál será nuestra excusa? El caso de este hombre se presenta para mostrarnos que no tendremos excusa.

- ¿No sabíamos que estábamos cerca del fin? —Sí.
- ¿No sabíamos que en la ilustración de la parábola estábamos en el solemne tiempo del examen de los invitados? —Sí.
- ¿No sabíamos que Cristo estaba a punto de dejar de interceder como Mediador entre Dios y los hombres en el santuario de arriba? —Sí.
- ¿No sabíamos que nuestros casos pronto deberían ser examinados y decididos? —Sí.
- ¿No se nos ofreció el vestido de boda —una túnica lavada y emblanquecida en la sangre del Cordero— sin dinero y sin precio? —Sí.
- ¿No nos advirtió el Testigo fiel y verdadero que no estábamos preparados, y nos instó con vehemencia a la necesidad de comprarle esta túnica? —Sí.

Entonces, ¿por qué, se nos podría preguntar, si despreciando todo este conocimiento, nos negamos a prepararnos —por qué has entrado aquí sin vestido de boda? ¿Por qué permitiste llegar a esta hora decisiva sin preparación? ¿Qué tendríamos que decir? ¿Qué excusa podríamos dar? Cada alma bajo estas circunstancias ante ese tribunal quedará muda con un insoportable sentido de vergüenza y culpa.

Pero no necesitamos estar en esta condición. Gracias a Dios, todavía es posible que se nos encuentre «preparados» cuando llegue la hora decisiva. «Las que estaban preparadas entraron con él a la boda, y se cerró la puerta». Se ha dado suficiente luz para llevarnos a la preparación necesaria, si caminamos en ella. Podemos compartir el gran refrigerio que está justo delante de la iglesia, y encontrar nuestro camino cada vez más brillante hasta que termine en el día

perfecto. Que Aquel que mira a sus hijos que luchan con más que la piedad de un padre y el amor de una madre, nos capacite para hacerlo.

«Una respuesta del cielo es enviada —Sin embargo, que se aparten de Dios, Mientras se le llama hoy, arrepentíos, Y no endurezcáis vuestro corazón».

Notas al Pie

¹ Los días debían datarse desde el comienzo de la obra de restauración y reconstrucción de Jerusalén (Daniel 9:25); pero Esdras y su compañía no llegaron a Jerusalén hasta el quinto mes (Esdras 7:8); y ciertamente no pudieron haber empleado menos de dos meses en establecerse y prepararse para construir, lo que llevaría la fecha al séptimo mes.

² Esto se desprende del tipo mismo; porque incluso mientras el sumo sacerdote estaba en el lugar santísimo, los pecadores podían acercarse al santuario y, al manifestar su penitencia de la manera designada, asegurar un interés en la obra que se realizaba en el lugar santísimo, aunque no hubiera ministración en el primer compartimiento, o lugar santo.

³ Esta es la «puerta» mencionada en la parábola, y es lo que puede llamarse, quizás, la «puerta de la misericordia», ya que su cierre pone fin a todas las ofertas de misericordia. No tiene conexión con la puerta del lugar santo ni del lugar santísimo del santuario, de los que se habló anteriormente.